

CONTESTACIÓN
de DON AMENODORO URDANETA

Señores:

Designado por la Academia Nacional de la Historia para contestar el discurso de recepción del señor Doctor Don Manuel Fombona Palacio, vengo a cumplir el honroso encargo y a dar la bienvenida al nuevo compañero que llega a compartir con nosotros las tareas impuestas por el instituto de la Corporación.

Breves serán mis palabras, por no encontrar aquellas que sean dignas del asunto tratado y del lucido concurso que me escucha.

Señores:

"Para cantar a los gigantes es preciso agigantarse", dijo en ocasión solemne nuestro nunca bien sentido Terepaima; y esto es lo que ha hecho el nuevo académico que acabáis de oír. En efecto: él ha querido, como el águila, subir al sol para beber en su disco el fuego sagrado que debía guiarlo en las cumbres en donde Bolívar posaba la planta; allí, donde a la voz prepotente de aquel genio sublime *brotaban, como lenguas de fuego, millares de héroes legendarios*, que hoy adornan el cielo de la Libertad, como estrellas rutilantes; allí, señores, donde a los relámpagos de su vencedora espada nacían los dogmas del derecho humano.

El acontecimiento culminante de la recién fenecida centuria es, a no dudarlo, la emancipación de la América Latina; así como el del siglo XV fue el descubrimiento del Nuevo Mundo, de que ella forma parte. Este acontecimiento se verificó contra las decisiones magistrales de una ciencia orgullosa y mal cimentada; y aquél contra las afirmaciones de la Europa, que lo juzgaba absolutamente *imposible*... Mas, no hay *imposibles* para el Creador del Universo: y Él ya lo había así dispuesto.

Señores:

Acaso la Filosofía, sus excursiones por el terreno de la Dinámica, llevó a Tolomeo a sostener la *inmovilidad de la Tierra*, no siéndole fácil concebir cómo ésta pudiese viajar por el espacio sin el contrapeso que regulase su curso, y la equilibrase para producir la variedad de los días y de las estaciones; pues, siendo el Continente antiguo el solo conocido y aceptado, era por ende el solo que pesaba en la balanza del Orbe, la cual naturalmente debía permanecer en inmovilidad perpetua. Sobre todo era *imposible*, metafísicamente *imposible*, el movimiento de *rotación*. No faltaban, empero, en la antigüedad algunos filósofos que, como Pitágoras y Filolao, adivinasen y sostuviesen la existencia del medio mundo que se necesitaba para el equilibrio del globo; y afirmasen también el sistema astronómico que dos mil años más tarde habían de plantear y defender Copérnico y Galileo.

Viajaba, pues, nuestro planeta por el inmenso piélago del *vacío*, sin explicación natural y sin el asentimiento de la Ciencia... Pero no estaba lejos la solución de tan intrincado problema, la luz de tan misterioso fenómeno.

Llegó el momento de abrirse el libro de los arcanos divinos, y de verse la completa estructura del globo... Entonces apareció Colón, traído de la mano por la misma Providencia.

Los hombres son instrumentos de Dios para magnos o pequeños fines, que casi siempre ellos mismos ignoran. No sabía el inmortal LIGUR que la América, por decisión altísima, se le había de presentar, bella, inmensa y majestuosa, más bella, más inmensa y majestuosa que los ignotos y encantados rumbos y las regiones que buscaba. No sabía que él estaba destinado a probar al mundo ciego cuan grandes y perfectas son desde su principio las obras de Dios y cuan necia y efímera es la vanidad de la sabiduría humana; ni tampoco sospechaba que por él se iba a realizar la alta profecía que dice: "La Hostia Sagrada se elevará en todas las horas del tiempo y en todos los lugares de la redondez de la Tierra".¹

Convencida entonces la ciencia de que el globo estaba equilibrado, dio entrada con facilidad a las ideas del movimiento de ella; y poco a poco fue ganando terreno en estas ideas, hasta que las inmortales leyes de Keplero abrieron el campo a las investigaciones y triunfos de Copérnico y Galileo, favorecido aquél por el Pontífice Paulo III, y éste por Urbano VIII, que lo pensionó *por sus admirables trabajos astronómicos*, según afirman respetables autores protestantes.²

Señores:

También entraba en los inefables designios de la Providencia la emancipación del nuevo Continente.

Estaba en desequilibrio el mundo moral: notábanse un gran vacío y una gran contradicción en el concurso de las almas racionales. Numerosos pueblos vivían sin vida propia, entre sombras y abyección, humillados y abatidos, y sin darse siquiera cuenta de existir los fueros de la humanidad, que también a ellos pertenecían, y por los que se había derramado la divina sangre del Redentor del Mundo... Ellos no entraban en el hogar universal fundado al pie de la Cruz, donde se proclamaron la fraternidad y la igualdad de los hombres, sin amos, sin esclavos, sin títulos nobiliarios y sin otra aristocracia que la de la virtud, única que existe en el cielo y en la Eternidad.

Llevar los pueblos a las perfecciones de ese hogar es la constante labor de la Providencia, para que entren en el goce de sus prerrogativas y en las vías de la JUSTICIA, que es madre y sostén de la LIBERTAD. Son agentes inmediatos de la Providencia los hombres que en estas santas labores la secundan.

Pues bien: la América debía ser libre; debían abrirse al mundo culto mil veneros de vida que estaban ignorados; y AQUEL que *vive en luz inaccesible* ya lo había dispuesto así.

Entonces apareció BOLÍVAR, precedido del estruendo y aquilón celeste, y rodeado de una nube fulgurante, cargada de tempestades. No venía armado con los rayos de Júpiter Tonante, con esos rayos destinados a perderse y disiparse entre las sombras del Paganismo, como se pierden y disipan entre las sombras del error los pensamientos del impío... con esos rayos, débiles e impotentes, porque les faltaba el aliento vital, el aliento de la santa cólera de Dios. Bolívar, señores, predestinado a la redención política de medio mundo, traía en la diestra, no los rayos efímeros del padre del Olimpo, sino la espada fulminante, fundida por la misma voluntad divina... por esa voluntad omnipotente, casi siempre contrariada y al parecer vencida por la voluntad humana; pero que en aquellos momentos quería reclamar de los hombres los derechos de los mismos hombres...

¹ Salmo CXII, 3, 4; Malaquías, C. I, v. 10 y 11.

² Mallet du Pan, Sir Brewster, etc.

Señores:

Los caracteres épicos de la acción prodigiosa de nuestra Independencia constituyen el tema del discurso que acabáis de oír. ¿Y dónde podría el orador dar mejor pasto a su rica y pomposa imaginación y a su genio poético que en esos rasgos que asombran a la Musa de la Historia y fatigan al numen de la Epopeya? Allí no hay *héroes invulnerables*, de antemano preparados a debilitar por eso mismo la fortaleza heroica; allí no hay *dioses apasionados* que intervengan en la acción, anulando en parte la de los hombres; allí no hay, en fin, esa *fatalidad* que precede a todos los acontecimientos divinos y humanos, quitando con ello sus quilates al heroísmo.

Hemos asistido, señores, a una gran parte de esa acción prolongada que, como el trueno intermitente que no cesa sino cuando ya no hay electricidades contrarias que lo alimenten, principia con los fuegos preparatorios de Cúcuta y Niquitao, donde se probó el temple gigantesco de nuestros libertadores, y termina en las alegres dianas de Ayacucho... allí, donde el espectador siente agotarse su aliento, y, henchido de admiración y entusiasmo, queda deslumbrado con el brillo inmarcesible de Colombia.

El orador, con paso medurado, con vasta erudición histórica y poética, estilo propio y lenguaje galano y castizo, sin dar entrada a opiniones exageradas ni a ideas hiperbólicas, que no necesita, y después de excelentes apreciaciones sobre las cualidades que debe tener toda relación épica, nos señala el campo de esa viviente Epopeya, que aún espera al Homero que la cante y que en ella ha de inmortalizar su propio nombre... con menor esfuerzo, empero, de invención y poesía, del que tuvo que desplegar el padre de la Epopeya antigua, el divino Melesígenes.

Entremezcladas de cuando en cuando vemos algunas descripciones, que tarde, muy tarde, serán superadas: y vemos al mismo tiempo marcado el rumbo a los poetas que en vistosas y gallardas naves se lancen al mar de nuestras glorias patrias y que, sin duda, habrán de seguir la estela luminosa de la que rige tan experto piloto. En suma, señores, los Horneros que han de contar los magnos hechos de la historia patria no deberán prescindir de las sabias lecciones que les ofrece el señor Fombona.

Un punto sí me permitiré aclarar en la brillante relación histórica del orador; punto sobre que pasó muy de ligero, a pesar de su inmediata, funesta consecuencia. Al hablar del *Congresillo* de Cariaco, dice: "La combinación promovida en Cariaco, que pudo haber herido de muerte a la República y a la cual no *fueron extraños*, por mayor contradicción, los Néstores y Ulises de la cruzada independiente, etc."

De estas palabras resulta que aquella impremeditada combinación era *muy popular*; pues en ella estaban, según ellas, los hombres más sensatos de la revolución, los Néstores y los Ulises. Pero, no fue así. Ni en el centro, ni el Norte, ni en el Occidente de Venezuela, donde campeaban los más de los Libertadores, se tuvo noticia de aquella combinación, sino después que hubo terminado. Ni en el mismo Oriente tuvo ella aura; puesto que allí murió casi al nacer; debido esto en gran parte a la actividad y diligencia diplomática de uno de los principales jefes, que estaba con fuerzas en Cumanacoa sosteniendo la autoridad de Bolívar y logró que los hombres del *Congresillo* volvieran sobre sus pasos y reconociesen aquella Suprema Autoridad. —Esto que he dicho es en el caso de que la frase *no fueron extraños* se traduzca por *no fueron hostiles, desafectos, adversos, contrarios, etc., etc.*

Hemos oído con agrado algunos nombres de aquellos lidiadores incansables que, dejando atrás a los mayores capitanes de que se envanece la historia escalaron un cielo a donde éstos no habían llegado y donde flamea el estandarte de la libertad humana... el cielo de la excelsa Democracia... La Democracia, como la Cruz, a cuya sombra nació, ha de dominar el mundo y

ser el manto de paz de los pueblos, dignificados. Sí, la luz inmaculada de la Redención, que vemos con indecible placer extendida por sobre la peroración a que me refiero en este momento, ha de llevar los hombres a la meta de su inmortal destino.

Si vemos modelados a satisfacción los guerreros a quienes debemos patria y libertad (hablo de los tenientes de Bolívar), vemos también con transportes de júbilo el rico pedestal entre esplendores levantado a la gloria del máximo Libertador.

Si el *invencible* RIBAS, el *gallardo* MARIÑO, el *intrepidísimo* PÁEZ, el *inmaculado* SUCRE, el *denodado* BERMÚDEZ, el *heroico* PIAR... si SOUBLETTE, MONTILLA, CEDEÑO, PLAZA... y tantos y tantos de los nobilísimos *cruzados de la Libertad* han recibido homenaje de gratitud y justicia en las palabras del orador, este homenaje es para Bolívar plenitud de entusiasmo, plenitud de patriotismo, plenitud de admiración y orgullo nacional.

Señores:

Si yo me aventurase a seguir al orador en la magnífica odisea por donde tan gallardamente campea su discurso, débiles e ineficaces parecerían mis palabras. Permitidme, por tanto, detenerme en este punto.

Ilustrado colega:

En nombre de la Academia os doy la bienvenida. En mis compañeros abundan la ilustración, la cordura y el talento; pero los caudales que traéis de tan altas facultades no quedarán ociosos; antes redundarán en pro de las arduas tareas en que se ocupa la Corporación, para beneficio de la Historia de nuestra Independencia.